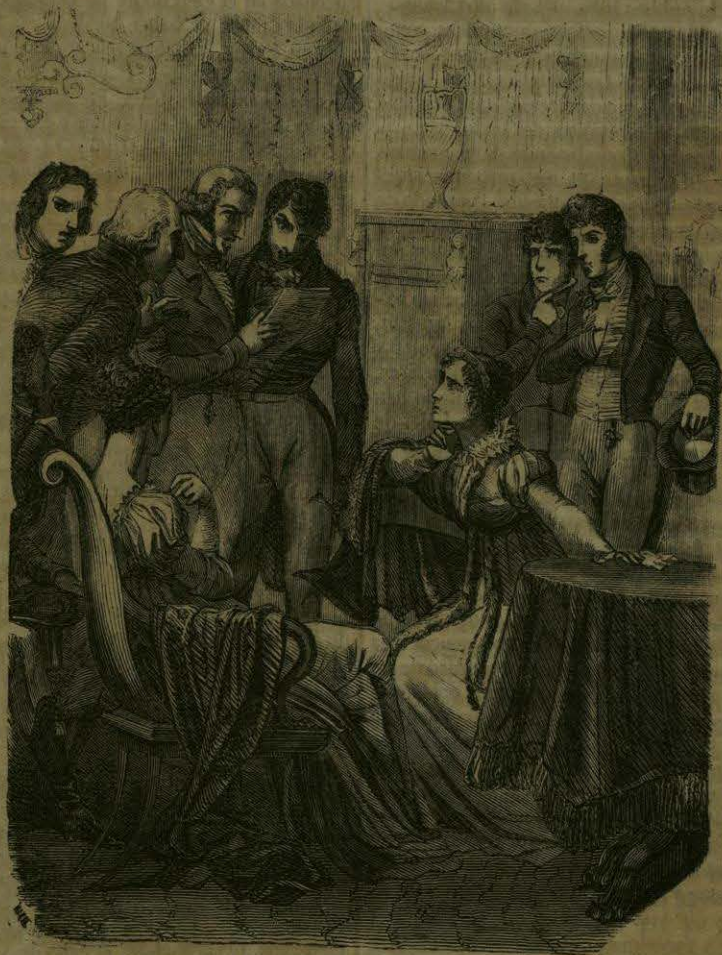


cuenta de esta navegacion, que participa de mi estrella y de mis aventuras:

«Desde las nueve de la noche, hora en que partimos, hasta eso de las dos de la madrugada, nos fue favorable el tiempo. Creyendo entonces hallarnos no lejos de las rocas llamadas las *Mainquiers*, echamos anclas, con objeto de esperar la llegada del día; pero habiendo refrescado el viento, y temiendo que arreciase, continuamos nuestro camino. Pocos momentos despues la mar creció mucho, y habiéndose roto nues-

tra aguja de marear con la caída de una verga, perdimos la direccion de nuestra ruta. El primer puerto que pudimos reconocer, el día 7 (serian como las doce del día), fue la costa de Normandia, lo que nos obligó á cambiar de rumbo, y anclamos de nuevo cerca de las rocas llamadas *Ecreho*, situadas entre la costa de Normandia y Jersey. Los vientos contrarios y fuertes nos hicieron permanecer de este modo todo el resto del día 7 y todo el día 8. El 9 por la mañana dije á Depagne que se me figuraba que habia dismi-



LECTURA DE EL ARTICULO DEL MERCURIO.

nido el viento, en atencion á que el barco estaba mas tranquilo, y que indagase de qué lado soplabá. Me dijo que no veía ya las rocas junto á las que habíamos anclado. Entonces juzgué que nos habíamos desviado, habiendo perdido las áncoras. La violencia de la tempestad no nos dejaba otro recurso que el de ampararnos á la costa. Como no divisábamos la tierra, ignorábamos á qué distancia de ella nos encontrábamos. En este momento fue cuando arrojé al mar mis papeles, á los que tuve cuidado de atar una piedra. A las nueve de la mañana nos hallamos en la costa de Normandia, en Bretteville-sur-Ay.

«Fuimos recogidos en aquella costa por los aduaneros, que me sacaron casi muerto del barco, y con los brazos y las piernas heladas. Nos depositaron en casa del teniente de la brigada de Bretteville, y dos días

despues, Depagne fue conducido á la cárcel de Coutances, desde cuya época no he vuelto á saber de él. Algunos días despues fui yo tambien llevado á la cárcel de esta ciudad, y al siguiente día conducido por el mariscal del distrito á Saint-Lo, donde permanecí ocho días en la casa del mismo. Fui presentado una vez ante el prefecto del departamento el día 26 de enero, y sali con el capitán y el sargento del distrito de la gendarmería en direccion á Paris, adonde llegué el 28. Me condujeron ante Mr. Denarets, en el ministerio de la Policia General, y de allí á la prision de la Grande-Force.»

Armando tuvo contra si los vientos, las olas y la policia imperial; Bonaparte se hallaba en convivencia con las tempestades. Los dioses desperdiciaban en

gran manera su cólera para una existencia tan pacífica.

El paquete arrojado á la mar fue devuelto por las olas sobre la playa de Notre-Dame d'Alloue, cerca de Valogner. Los papeles encerrados en este paquete sirvieron de pruebas. Habia treinta y dos. Quintal, vuelto con su barco á la playa de la Bretaña para recoger á Armando, habia por una obstinada fatalidad naufragado tambien en las aguas de Normandia algunos días antes que mi primo. La tripulacion del barco de Quintal habló, y el prefecto de Saint-Lo supo que Mr. de Chateaubriand era el gefe de las empresas del principe. Asi que llegó á su noticia que una chalupa, mon-

tada únicamente por dos hombres, habia llegado á tierra, no dudó un solo momento que Armando fuese uno de los dos naufragos, porque todos los pescadores hablaban de él como del hombre mas intrépido en marina que se habia conocido hasta entonces.

El 20 de enero de 1809, el prefecto de la Mancha dió cuenta á la policia general de la prision de Armando. Su comunicacion empezaba de esta manera:

«Mis conjeturas se han realizado enteramente: Chateaubriand está preso, y él fue quien abordó sobre la costa de Breteville, bajo el nombre de John Fall.



CHATEAUBRIAND LEYENDO EL DISCURSO DE RECEPCION EN LA ACADEMIA.

«Temeroso de que á pesar de las órdenes perentorias que habia dado no llegase John Fall á Saint-Lo, encargué al sargento de la gendarmería del distrito, Mauduit, hombre de confianza y de una gran actividad, que buscase al dicho John Fall por todas partes, y que lo trajese á mi presencia, cualquiera que fuese el estado en que se hallara. Se encontró en Coutances, en el momento en que se disponian á trasladarlo al hospital para curarle las piernas, que traía heladas.

«Hoy ha comparecido Fall ante mí. Habia de antemano introducido á Lelievre en una habitacion, desde la cual podía ver entrar á John Fall sin ser visto.

Quando Lelievre le vió subir unos escalones que habia antes de llegar á aquella habitacion, exclamó dando palmadas y cambiando de color: «¡Es Chateaubriand! ¿Cómo lo han cogido?»

«Lelievre no se hallaba prevenido de nada. Esta exclamacion fue arrancada por la sorpresa. Despues me pidió que no dijera que habia nombrado á Mr. de Chateaubriand, porque le perdía, y he dejado ignorar á John Fall que conocia su verdadero nombre.»

Conducido Armando á Paris y encerrado en la *Force*, sufrió un interrogatorio secreto en la prision militar de la Abadia. Bertrand, capitán de la primera

media brigada de veteranos, había sido nombrado fiscal de la comisión militar encargada por decreto de 25 de febrero, de intervenir en el asunto de Armando, por el general Hulín, que era comandante de armas de París.

Las personas comprometidas eran: Mr. de Goyon, enviado á Brest por Armando, y Mr. Boffé-Lucas, hijo, encargado de entregar las cartas de Enrique de Larivière á los señores Laya y Sicard en París.

En una carta del 13 de marzo escrita á Fouché decía Armando: «Que el emperador se digne devolver la libertad á los que gimen en las prisiones, por haberme manifestado su amistad, aunque á mi me suceda lo que quiera. Recomiendo mi desgraciada familia al emperador.»

Esta mala inteligencia de un hombre de entrañas humanas que se dirige á una hiena hace daño. Bonaparte no era el león de Florencia: él no soltaba al hijo por las lágrimas de la madre. Había yo escrito pidiendo una entrevista á Fouché: me fue concedida, y me aseguré con el aplomo de la ligereza revolucionaria, «que había visto á Armando, y que no debía pasar cuidado ninguno por él: que moriría bien, y que tenía el aspecto de hombre resuelto.» Si hubiera yo propuesto á Fouché que muriese, ¿usaría para consigo mismo ese tono deliberado y esa soberbia indiferencia?

Me dirigí á Mad. de Remusat, y le rogué entregase á la emperatriz una carta pidiendo justicia ó gracia para el acusado. La señora condesa de Saint-Lieu me refirió en Arenenberg el resultado de mi carta. Josefina la entregó al emperador; pareció como que dudaba al leerla; pero después, hallando en ella algunas palabras que le desagradaron, arrojó con mal humor la carta al fuego. Olvidábame de que no se podía ser orgulloso sino en causa propia.

Mr. de Goyon, condenado al mismo tiempo que Armando, sufrió su sentencia, sin embargo de haberse interesado por él la baronesa-duquesa de Montmorency, hija de Mad. de Maignou, de las que eran aliados los Goyon. Una Montmorency servil debía haberlo alcanzado todo, si bastase el prohibir un nombre para aliar á un poder nuevo una antigua monarquía. Mad. de Goyon, que no pudo salvar á su marido, salvó al joven Boisé-Lucas. Todo anduvo desbaratado en esta catástrofe, que se ensañaba con personas desconocidas; hubierase dicho que se trataba de la caída de un mundo: tempestades en el agua, emboscadas en tierra, Bonaparte, el mar, los asesinos de Luis XVI y tal vez alguna pasión, alma misteriosa de las catástrofes del mundo. Y todo esto ha pasado casi desapercibido; solo á mi me afectó, y solo vivió en mi memoria. ¿Qué importaban á Napoleón los insectos aplastados por su mano sobre su corona?

El día de la ejecución quise acompañar á mi camarada sobre su último campo de batalla; no hallé carruaje, y corri á pié á la llanura de Grenelle. Llegué sudando un instante después de la ejecución: Armando acababa de ser fusilado hacia un momento contra las murallas de París. Su cabeza estaba destrozada: el perro de un verdugo lamía su sangre y su cerebro. Acompañé la carreta que conducía el cuerpo de Armando y de sus dos compañeros, plebeyo y noble, Quintal y Goyon, al cementerio de Vaugrad, donde había acompañado antes á Mr. de Laharpe. Encontré por la última vez á mi primo sin poder reconocerlo; el plomo le había desfigurado y no se le veía el rostro; no pude apreciar en él el destrozo de los años, ni aun ver la muerte al través de aquel velo sangriento: así es que se conservó joven en mi memoria y tal como le había visto en el sitio de Thionville. Fue fusilado el viernes Santo, y el Crucifijo se me aparecía al fin de todas mis desgracias. Cuando me paseé por el bulevar de la llanura de Grenelle

me detengo siempre á mirar la señal del tiro sobre la muralla. Si las balas de Napoleón no hubiesen dejado mas huellas que esta, seguramente no se hablaría de él.

¡Extraño encadenamiento de los destinos! El general Hulín, comandante de armas de París, nombró la comisión militar que hizo saltar la tapa de los sesos de Armando: en otro tiempo había sido nombrado presidente de la comisión que fusiló al duque de Enghien. ¿No hubiera debido abstenerse después de la primera catástrofe de tener parte en ningún consejo de guerra? Y yo he hablado de la muerte del hijo del gran Condé sin recordar al general Hulín, la parte que le había tocado en la ejecución del oscuro soldado de mi familia. Para juzgar á los jueces del tribunal de Vincennes había sin duda á mi vez recibido mi comisión del cielo.

Paris 1859.

AÑOS 1811, 1812, 1813 Y 1814.—PUBLICACION DEL ITINERARIO.—CARTA DE BEAUSSET.—MUERTE DE CHENIER.—SOY ADMITIDO MIEMBRO DEL INSTITUTO.—MI DISCURSO.

El año 1811 fue uno de los mas notables en mi carrera literaria.

PUBLIQUE el *Itinerario de Paris á Jerusalem*, reemplacé á Mr. de Chenier en el Instituto, y empecé á escribir las Memorias que hoy concluyo.

El éxito del *Itinerario* fue tan brillante, como disputado fue el de *Los Mártires*. No hay emborronador de papel, por insignificante que sea, que á la aparición de su *farrago* no reciba cartas de felicitación. Entre las nuevas enhorabuenas que llegaron á mis manos, hay una que no me es permitido hacer desaparecer, por ser la carta de un hombre lleno de virtud y de mérito, que ha dado á luz dos obras de reconocida autoridad, y que no dejan nada que decir sobre Bossuet y Fenelon. El obispo de Alais, cardinal de Beausset, es el historiador de estos dos grandes prelados. En mi sentir dice de mí mas de lo que merezco, que esto es una costumbre recibida cuando se escribe á un autor; pero el cardinal hace conocer la opinión general del momento sobre mi *Itinerario*; entrevé, con relacion á Cartago, las objeciones que habian de hacer á mi opinión geográfica; sin embargo, esta opinión ha prevalecido, y vuelvo á su lugar las puertas de Dido. Esta carta es notable por la elegancia de una escogida sociedad, por el estilo grave que le prestaban la cortesania, la religion y las buenas costumbres: excelencia de tono que tan raras son hoy.

Villenoisson, por Lonjumeau (Sena-y-Oise)
25 de marzo de 1811.

«Habeis debido recibir y habreis ciertamente recibido la justa recompensa del reconocimiento y de la satisfaccion pública; pero puedo aseguraros que ninguno de vuestros lectores habrá experimentado un sentimiento mas puro que yo. Sois el primero y el único viajero que no ha necesitado del grabado y del dibujo para presentar á los ojos de sus lectores los lugares y monumentos que traen á la imaginacion los gratos recuerdos y las grandes imágenes. Vuestra alma lo ha sentido todo, vuestra imaginacion lo ha descrito todo, y el lector siente con vuestra alma y ve con vuestros ojos.

«No podría pintaros, sino muy débilmente, la impresion que produjo en mí desde las primeras páginas, recorriendo con vos las costas de la isla de Corcira, y viendo abordar á ellas á todos esos hombres eternos que han conducido á aquel punto destinos muy diversos. Unas cuantas líneas os han bastado para grabar

para siempre las huellas de sus pasos; siempre se las encontrará en vuestro *Itinerario*, que las conservará mas fielmente que los mármoles que no han podido guardar los grandes nombres que les han sido confiados.

«Hoy día conozco los monumentos de Atenas como se desean conocer. Los había visto anteriormente en hermosos grabados, los había admirado, pero nunca los había sentido. No se tiene bien presente que si los arquitectos tienen necesidad de la descripción exacta de la medida y de las proporciones, los hombres tienen necesidad de encontrar el alma y el genio que han concebido el pensamiento de estos grandes monumentos.

«Habeis dado á las pirámides la noble y profunda intencion que no habían echado de ver los frívolos declamadores.

«¡Cuántas enhorabuenas os doy por haber entregado á la justa execración de los siglos ese pueblo estúpido y feroz que causa hace doscientos años la desolacion de los paises mas hermosos de la tierra! No puede uno menos de sonreír con vos con la esperanza de verle volver al desierto de que ha salido.

«Habeis inspirado un pasajero sentimiento de indulgencia hácia los árabes en favor de la semejanza que les habeis dado con los salvajes de la América septentrional.

«La Providencia parece haberlos conducido á Jerusalem para asistir á la última representación de la primera escena del cristianismo. Si no les es concedido á los ojos de los hombres el volver á ver esa tumba, la única que nada tendrá que devolver en el último día, los cristianos la encontrarán siempre en el Evangelio, y las almas contemplativas y sensibles la verán en vuestros cuadros.

«No dejarán los críticos de disputaros los nombres y los hechos con que habeis cubierto las ruinas de Cartago, que no podiais pintar, puesto que no existen. Pero os aconsejo que os limiteis únicamente á preguntarles si ellos mismos no los verían en esas descripciones tan interesantes.

«Teneis el derecho de gozar de un género de gloria que os pertenece exclusivamente por una especie de creacion; pero hay aun un goce mas satisfactorio que ese para un carácter como el vuestro, y es el de haber dado á las creaciones de vuestro genio la nobleza de vuestra alma y la elevacion de vuestros sentimientos. Esto es lo que aseguraba en todo tiempo á vuestro nombre y á vuestra memoria el aprecio, la admiracion y el respeto de todos los amantes de la religion, de la virtud y del honor.

«En este sentido os suplico que os digneis aceptar el homenaje de mis mas sinceros sentimientos.

«L. F. DE BEAUSSET, ant. ob. de Alais.»

Mr. Chenier murió el día 10 de enero de 1811. Mis amigos tuvieron la fatal idea de animarme á que le reemplazase en el Instituto. Decían que, expuesto como estaba á la animosidad del gefe del gobierno, y á las sospechas y chismes de la policía, me sería muy conveniente pertenecer á un cuerpo muy poderoso entonces por su renombre y por las personas que le componían, y que defendido tras este escudo, podría trabajar con toda tranquilidad.

Tenia yo una invencible repugnancia á ocupar ningún puesto, aun cuando no fuese dependiente del gobierno, pues me acordaba de lo que me había costado el primero que ocupé. La herencia de Chenier me parecía peligrosa; no podía yo hablar sino exponiéndome; no podía pasar en silencio el regicidio, aun cuando Cambaceres fuese el segundo hombre del Estado; hallábame resuelto á hacer oír mis reclamaciones en favor de la libertad, y de elevar mi voz contra la tiranía; deseaba explicar mis sentimientos sobre los

horrores de 1793, explicar mi dolor por la caída familiar de nuestros reyes, y llorar las desgracias de los que les habían permanecido fieles. Mis amigos me dijeron que me equivocaba; que unas cuantas alabanzas al gefe del gobierno, obligado de los discursos académicos, alabanzas de que bajo cierto punto de vista hallaba yo digno á Bonaparte, le haría digerir cuántas verdades quisiera enunciar; que tendría á la vez el honor de haber sostenido mis opiniones y la felicidad de hacer cesar los temores de Mad. de Chateaubriand. A fuerza de insistir me rendí, cansado por la resistencia; pero les dije que hacían mal; que Bonaparte no se dejaría engañar por los lugares comunes sobre su hijo, su mujer y su gloria, y que no por eso sentiría menos la lección; que reconocería al dimisionario en la muerte del duque de Enghien, y al autor del artículo que hizo suprimir *El Mercurio*; y que, finalmente, en vez de asegurarme la tranquilidad, daría nuevo impulso á las persecuciones de que era el blanco. Pronto se vieron precisados á reconocer la verdad de mis predicciones; verdad es que no habían podido sospechar la temeridad de mi discurso.

Fuí á hacer las visitas de costumbre á los miembros de la Academia. Mad. de Vintimille me presentó en casa del abate Morellet. Encontrámosle dormido, y con el *Itinerario*, que se le había escapado de las manos. Despertando sobresaltado al oír mi nombre pronunciado por el criado, levantó la cabeza exclamando:—«¡Esto es un poco difuso, un poco difuso!» Le contesté riendo que lo abreviaría en la nueva edicion. Se portó muy bien, y me prometió su voto á pesar de la *Atala*. Cuando algun tiempo después salió á luz la *Monarquía con arreglo á la carta*, no podía comprender que tuviese por autor al cantor de la *Hija de las Floridas*. Grocius, ¿no escribió la tragedia de *Adán y Eva*, y Montesquieu el *Templo de Gnido*? Verdad es que yo no era ni Grocius ni Montesquieu.

Llegó por fin el día de la eleccion, y en el escrutinio obtuve una inmensa mayoría: púsemme en seguida á trabajar en mi discurso; le hice y le reheice veinte veces, no hallándome nunca satisfecho; tan pronto, deseando hacerle legible, hallábale demasiado fuerte; tan pronto volviendo la cólera á apoderarse de mí, hallábale demasiado débil. No sabía cómo graduar la dosis del elogio académico. Si, á pesar de mi antipatía hácia Napoleón, hubiera querido expresar la admiracion que me causaba la parte pública de su vida, hubiera pasado los límites de la peroracion. Milton, á quien cito en el principio de mi discurso, me proporcionaba un modelo: en su *Segunda defensa* del pueblo inglés hace un pomposo elogio de Cromwell.

«Tú, no solamente has eclipsado las acciones de todos nuestros reyes, dice, sino aun las que nos cuentan de nuestros héroes fabulosos. Reflexiona en la prenda querida que la tierra que te ha dado el ser ha confiado á tu cuidado: la libertad que esperó en otro tiempo de la flor de los talentos y de las virtudes, la espera hoy de tí, y se huelga en obtenerla de tí solo. Haz honor á las ardientes esperanzas que nos animan; honra los deseos de tu patria intranquila; respeta las miradas y las heridas de tus valientes compañeros, que, bajo tus banderas, han combatido heroicamente por la causa de la libertad; respeta las sombras de los que han perecido en el campo de batalla; en fin, respétate á tí mismo; no consentas, después de haber arrostrado tantos peligros por amar las libertades, que sean violadas por tí mismo ó atacadas por otras manos. Tú no puedes ser verdaderamente libre sino en cuanto nosotros lo seamos. Tal es la naturaleza de las cosas: el que usurpe la libertad pública, es el primero que pierde la suya y que se hace esclavo.»

Johnson ha citado únicamente las alabanzas dadas al protector, á fin de poner en contradiccion al repu-

blicano consigo mismo; el hermoso trozo que acabo de traducir muestra el contrapeso de estas alabanzas. La crítica de Johnson ha quedado en el olvido; la defensa de Milton ha vivido; todo lo que se funda en el espíritu de partido y en las pasiones del momento parece como ellas y con ellas.

Estando ya concluido mi discurso, fui llamado á leerle ante la comision nombrada para oírlo; fue desaprobado por esta comision, exceptuando á dos ó tres miembros de ella. Digno era de ver el temor de los orgullosos republicanos que me escuchaban, y á quien espantaba la independencia de mis opiniones; estremeciéronse de indignación y de espanto al solo nombre de libertad. Mr. Daru llevó el discurso á Saint-Cloud: Bonaparte dijo que si hubiese sido pronunciado hubiera hecho cerrar las puertas del Instituto, y me hubiera encerrado en un calabozo por el resto de mi vida.

Después recibí esta carta de Mr. Daru:

Saint-Cloud 28 de abril de 1811.

«Tengo el honor de prevenir á Mr. de Chateaubriand que cuando tenga tiempo y ocasion de venir á Saint-Cloud, podrá devolverle el discurso que ha tenido á bien confiarme. Aprovecho esta ocasion para renovar la seguridad de la alta consideracion con que tengo el honor de saludarle.

«DARU.»

Fuí á Saint-Cloud. Mr. Daru me devolvió el manuscrito, subrayado aquí y allí, marcado *ab irato* con paréntesis y con rayas de lapiz por Bonaparte; las uñas del leon se clavaban en todas partes, y sentia yo una especie de placer, de irritacion, al sentir las en mis carnes. Mr. Daru no me ocultó la cólera de Napoleon; pero me dijo que, conservando la peroracion, salvo algunas palabras y cambiando casi todo el resto, seria admitido con gran satisfaccion de todos. En el palacio habian sacado copia del discurso, suprimiendo algunos trozos, y añadiendo otros. Poco tiempo después apareció en las provincias impreso de esta manera.

Este discurso es una de las mas relevantes garantías de la independencia de mis opiniones y de la constancia de mis principios. Mr. Suard, hombre libre, y de corazón, decía que si hubiese sido leído en la Academia hubiese hecho desplomarse la bóveda de la sala al estallido de los aplausos. ¿Puede formarse una idea exacta de lo que produciria el apasionado elogio de la libertad en medio del servilismo del imperio?

Conservé el manuscrito corregido, con religioso cuidado; la desgracia hizo que al abandonar la enfermería de María Teresa fuese quemado con una infinidad de papeles. Sin embargo, los lectores de estas *Memorias* no se verán privados de él; uno de mis colegas tuvo la generosidad de sacar una copia, que es la siguiente:

«Cuando Milton publicó *El Paraíso perdido*, ninguna voz se alzó en los tres reinos de la Gran-Bretaña para elogiar una obra que, á pesar de sus numerosos defectos, no deja de ser uno de los mas bellos monumentos del talento humano. El Homero inglés murió olvidado, y sus contemporáneos legaron al porvenir el cuidado de inmortalizar al cantor del *Eden*. ¿Es esta una de las injusticias literarias de que todos los siglos nos ofrecen ejemplos? No, señores; los ingleses, libres apenas de las guerras civiles, no pudieron resolverse á celebrar la memoria de un hombre que se hizo notable por el ardor de sus opiniones en un tiempo de calamidades. ¿Qué reservaremos, decían, en la tumba del ciudadano que se consagra á la salvacion de su país, si prodigamos honores á las cenizas de aquel que puede todo lo mas implorar una generosa indulgencia? La posteridad hará justicia á la memoria de Milton;

pero nosotros debemos una leccion á nuestros hijos: menester es hacerles entender con nuestro silencio que el talento es un don funesto cuando va unido á la passion, y que mas vale condenarse á la obscuridad que hacerse célebre con las desgracias de su patria.

«¿Imitaré yo, señores, ese memorable ejemplo, ó bien os hablaré de la persona y de las obras de Mr. Chenier? Para conciliar vuestros usos con mis opiniones, creo necesario adoptar un justo medio entre el silencio absoluto y el exámen profundo. Pero cualesquiera que sean mis palabras, ninguna hiel emponzoñará este discurso. Si advertís en mí la franqueza de Duclos mi compatriota, espero probaros que tengo tambien su misma lealtad.

«Curioso hubiera sido de ver, sin duda, lo que un hombre de mis ideas y en mi posicion podría decir de la persona cuyo lugar ocupo hoy día. Seria muy interesante examinar la influencia de las revoluciones sobre las letras, demostrar cómo los sistemas pueden extravaiar el talento y arrastrarlo á sendas engañosas que parecen conducir á la gloria, y que no desembocan sino en el olvido. Si Milton, á pesar de sus extravíos políticos, ha dejado obras que admiran á la posteridad, es porque Milton, sin haber abjurado sus errores, se retiró de una sociedad que se apartaba de él para buscar en la religion el alivio de sus males y el manantial de su gloria. Privado de la luz del cielo, se creó una nueva tierra, un nuevo sol, y salió, por decirlo así, de un mundo en que no habia visto mas que desgracias y crímenes; colocó en las cunas del *Eden* la inocencia primitiva, la santa felicidad que reinaron bajo las tiendas de Jacob y de Raquel, y puso en el infierno los tormentos, las pasiones y los remordimientos de los hombres, de cuyas iras habia participado.

«Desgraciadamente para las obras de Mr. Chenier, aunque en ellas se descubre el gérmen de un notable talento, no brillan ni por aquella antigua sencillez, ni por aquella sublime magestad. El autor se distinguía por un talento eminentemente clásico. Nadie mejor que él conocia los principios de la literatura antigua, y moderna; teatro, elocuencia, historia, crítica, sátira, todo lo ha abarcado; pero sus escritos llevan el sello de los desastrosos dias que los han visto nacer. Muy frecuentemente dictados por el espíritu de partido, han sido aplaudidos por las facciones. ¿Separaré en los trabajos de mi predecesor lo que ha pasado ya como nuestras discordias y lo que vivirá como nuestra gloria? Aquí se hallan confundidos los intereses de la sociedad y los de la literatura. No puedo olvidar suficientemente los unos para ocuparme únicamente de los otros; así, pues, señores, me veo en la necesidad de callarme ó de entrar en cuestiones políticas.

«Personas hay que quisieran hacer de la literatura una cosa abstracta y aislarla de las cosas humanas. Estas me dirán: «¿Por qué guardáis silencio? No consideréis las obras de Mr. Chenier sino bajo el punto de vista literario. ¿Es decir, señores, que es preciso que abusé de vuestra paciencia y de la mia para repetir vulgaridades que se hallan en todas partes y que conocéis mejor que yo? Tiempos diversos exigen diversas costumbres; herederos de una larga sucesion de años de tranquilidad, nuestros antecesores podian entregarse á discusiones puramente académicas, que probaban aun mas su talento que su felicidad. Pero nosotros, restos infortunados de un naufragio horroroso, no tenemos elementos para disfrutar de una calma tan perfecta. Nuestras ideas, nuestros espíritus han tomado un rumbo distinto. El hombre ha reemplazado entre nosotros al académico; despojando á las letras de lo que pueden tener de fútil, no las vemos sino á través de nuestros poderosos recuerdos y de la experiencia de nuestra adversidad. Qué, ¿después de una revolucion que nos ha hecho recorrer en pocos años los acontecimientos de muchos siglos, se ha de prohibir al escritor toda consideracion elevada? ¿Se le rehusa-

rá examinar el lado imponente de las cosas? ¿Ha de pasar una vida frívola ocupándose de pequeneces gramaticales, de las reglas del buen gusto, de las definiciones literarias? ¿No podrá presentar al fin de sus dias una frente surcada por sus largos trabajos, por sus profundos pensamientos, y muchas veces el expresivo dolor que aumenta el esplendor del hombre? ¿Qué importantes cuidados habrán encanecido sus cabellos? Las penas miserables del amor propio y los pueriles juegos de la imaginacion.

«Seguramente, señores, que esto seria tratarnos con un inmerecido desprecio: en cuanto á mí, yo no puedo desconectarme de ese modo, ni reducirme al estado de la infancia en la edad de la fuerza y de la razon. No puedo encerrarme en ese estrecho círculo que se pretende trazar alrededor del escritor. Por ejemplo, si yo quisiera hacer el elogio del literato, del cortesano que preside esta asamblea, ¿creis por ventura que me contentaria con alabar en él ese espíritu francés, ligero é ingenioso que ha recibido de su madre, y del que ofrece aquí entre nosotros tan acabado modelo? Sin duda que no: desearia ademas hacer brillar en todo su esplendor el hermoso nombre que tiene. Citaria al duque de Bufflers, que hizo levantar á los austriacos el bloqueo de Génova. Hablaria del mariscal su padre, de ese gobernador que disputó á los enemigos de la Francia las fortificaciones de Lille y consoló con esta memorable defensa la desgraciada vejez de un gran rey. De este compañero de Turena es de quien decía Mad. de Maintenon: «En él ha muerto el corazón lo primero.» En fin, me extenderia hasta ese Luis de Bufflers, llamado el Robusto, que demostraba en los combates el valor y la fuerza de Hércules; de este modo tendria en las dos extremidades de esta familia la fuerza y la delicadeza, el caballero y el trovador. Se pretende que los franceses son hijos de Héctor: yo creeria mas bien que descienden de Aquiles, porque manejan como este héroe la espada y la lira.

«Si fuese mi objeto, señores, hablaros del célebre poeta que cantó la naturaleza con una voz tan sonora, ¿creis que me limitaria á hacerlos expresar la admirable flexibilidad de un talento que supo presentar con un mérito igual las bellezas correctas de Virgilio y las bellezas incorrectas de Milton? No: yo os presentaria tambien á ese poeta, compañero inseparable de compatriotas, siguiéndolos con su lira hasta las riberas extrañas, cantando sus dolores para consolarlos: deserrados ilustres, en medio de aquella multitud de deserrados de que yo formaba parte. Verdad es que su edad y sus achaques, sus talentos y su gloria, no le habrian puesto al abrigo de las persecuciones en su patria. Querian hacerle comprar la paz con versos indignos de su musa, y su musa no pudo cantar mas que la espantosa inmortalidad del crimen y la dulce inmortalidad de la virtud:

Tranquilizaos, vosotros sois inmortales.

«Si, finalmente, señores, pretendiera hablaros de un amigo querido, de uno de esos amigos que segun Cicerón hacen mas brillante la prosperidad y el infortunio, mas ligero, encamiaría la finura y la pureza de su buen gusto, la escogida elegancia de su prosa, la belleza, la fuerza, la armonia de sus versos, que, formados sobre los grandes modelos, se distinguen sin embargo por un carácter de originalidad; encamiaría ese talento superior que jamás conoció las trabas de la envidia, ese talento que se complacía en las glorias de los demás y no en la suya propia, ese talento que después de diez años admira todo cuanto puede honrarme, con la sencilla y profunda alegría conocida solamente por los mas nobles corazones y por la amistad mas pura. Empero no pasaria en silencio la parte política de mi amigo: le presentaria á la cabeza de uno de los primeros cuerpos del Estado, pronunciando esos discursos que son obras maestras de decoro, de

gracia y de nobleza. Le representaria sacrificando la dulce compañía de las musas á ocupaciones que sin duda no tendrian atractivos si no se entregara uno á ellas en la esperanza de educar hijos capaces de seguir un dia las gloriosas huellas de sus padres y de evitar nuestros errores.

«Al hablar de los hombres eminentes que componen esta asamblea, no podria menos de considerarlos bajo el punto de vista moral y social. Uno de ellos se distingue entre vosotros por un talento fino, delicado y prudente; por una cortesania, hoy día tan rara, y sobre todo por la constancia mas laudable en sus opiniones moderadas. Otro ha encontrado bajo los hielos de la edad todo el calor de la juventud, para defender la causa de la desgracia. Este, historiador elegante y delicado poeta, se nos presenta mas digno aun de respeto por el recuerdo de un padre y de un hijo mutilados en el servicio de la patria. Aquel devolviendo el oído á los sordos y la palabra á los mudos, nos recuerda los milagros del culto evangélico al cual se ha consagrado. ¿No hay entre vosotros, señores, testigos de vuestros antiguos triunfos que puedan contar al digno heredero del canciller de Aguesseau cómo fue aplaudido en otro tiempo el nombre de su abuelo en esta asamblea? Paso á los hijos favoritos de las nueve hermanas, y veo al venerable autor del *Edipo* retirado á la soledad, y á Sófoeles olvidando en Colonia la gloria que le llama á Atenas. ¿Cuánto debemos amar á los otros hijos de Melpómene, que tanto nos han interesado en la desgracia de nuestros padres! Todos los corazones franceses han temblado de nuevo al presentimiento de la muerte de Enrique IV. La musa trágica ha restablecido el honor de aquellos esforzados paladines bajamente calumniados por la historia y noblemente vengados por uno de nuestros modernos Eurípides.

«Descendiendo á los sucesores de Anacreonte, no podian menos de hacer alto en el hombre tierno que semejante al anciano de Teos, entona después de quince lustros los amorosos cánticos con que hacia resonar sus quince años. Iré, señores, á buscar vuestro nombre sobre esos tempestuosos mares que guardaba en otro tiempo el gigante Adamastor, y que se han apaciguado con los nombres encantadores de Eleonora y de Virginia. *Tibi rident aquora.*

«¡Ay, demasiados talentos ha habido entre nosotros, errantes y expatriados! ¿No ha cantado la poesía en armoniosos versos el arte de Neptuno, ese arte fatal que la trasportó á lejanas playas? ¿Y la elocuencia francesa, después de haber defendido el Estado y el altar, no se retira tambien como á su manantial, á la patria de San Ambrosio? ¿Que no pudiera colocar yo aquí á todos los miembros de esta asamblea, en un cuadro en que la adulacion no cambiase los colores! Porque si cierto es que la envidia oscurece á veces las eminentes cualidades de los literatos, es mas cierto aun que esta clase de hombres se distingue por sus elevados sentimientos, por sus desinteresadas virtudes, por el odio á la opresion, por la abnegacion de la amistad y por la fidelidad para con la desgracia. De esta manera, señores, es como yo deseo considerar un objeto por todas sus caras, y como pretendo dar importancia á las letras, aplicándolas á las mas altas funciones de la moral, de la filosofía y de la historia. Con esta independencia de espíritu, preciso es que me abstenga de hablar de obras que es imposible examinar sin irritar las pasiones. Si hablara de la tragedia de Carlos IX, ¿cómo no habia de vindicar la memoria del cardenal de Lorena, y de discutir esta memorable leccion dada á los reyes? Cayo Graco, Calas, Enrique VIII, Fenelon, me ofrecieran en muchas partes esta misma alteracion de la historia para apoyar las mismas doctrinas. Si leo las *Sátiras*, encuentro sacrificados en ellas á hombres colocados en las primeras filas de esta asamblea; escritas sin emba-

go en un estilo puro, elegante y fácil, recuerdan agradablemente la escuela de Voltaire, y tendría tanto más placer en alabarlas, cuanto que mi nombre no ha escapado á la malicia del autor. Pero dejemos á un lado obras que pudieran dar lugar á recriminaciones dolorosas; no turbaré la memoria de un escritor que fue vuestro colega, y que cuenta aun entre vosotros amigos y admiradores; tal vez deba á esa religion, que tan despreciable se presentaba á sus ojos en los escritos de los que la defienden, la paz que le deseo en su tumba; pero aquí mismo, señores, ¿no seré yo bastante desgraciado para dar en un escollo? Porque al dar á Mr. Chenier ese tributo de respeto que los muertos reclaman, temo hallar bajo mis pies cenizas ilustres de una manera muy distinta. Si interpretaciones poco generosas quisieran hacerme un crimen de esta involuntaria emocion, me iría á refugiarme al pié de esos altares expiatorios que un poderoso monarca eleva á los manes de las dinastías ultrajadas. ¡Oh, cuánto mejor le hubiera estado á Mr. Chenier el no haber participado de esas calamidades públicas que cayeron al fin sobre su cabeza! El, lo mismo que yo, ha sabido lo que es perder un hermano querido en los disturbios de la nacion. ¿Qué hubieran dicho nuestros desgraciados hermanos si Dios les hubiera hecho comparecer en un mismo día ante su tribunal? Si se hubiesen encontrado en el momento supremo, antes de confundir su sangre, nos hubieran gritado sin duda alguna.—«Dejad vuestras guerras intestinas; volved á dar acogida en vuestros pechos á sentimientos de amor y de paz; la muerte pesa igualmente sobre todos los partidos, y vuestras crueles discordias nos cuestan la juventud y la vida.» Estos hubieran sido sus gritos fraternales.

«Si mi predecesor pudiese oír estas palabras que no consuelan más que á su sombra, sería sensible al homenaje que rinde á su hermano, porque era naturalmente generoso; y esta misma generosidad de carácter fue la que le arrastró á innovaciones, halagüeñas sin duda, pues que prometían devolvernos las virtudes de Fabricio. Pero engañado bien pronto en sus esperanzas, su carácter se agrió y se desnaturalizó su talento. Trasportado desde la soledad del poeta al medio de las facciones, ¿cómo pudiera haberse entregado á esos sentimientos que constituyen el encanto de la vida? ¡Feliz él si no hubiera visto otro cielo que el cielo de la Grecia, bajo el cual había nacido! ¿Si no hubiera contemplado otras ruinas que las de Esparta y de Atenas! Tal vez le hubiera yo encontrado en la hermosa patria de su madre, y nos hubiéramos jurado amistad sobre las orillas del Permeso; ó bien, ya que había de volver á los campos paternos, ¿por qué no me siguió á los desiertos adonde fui lanzado por las tempestades? El silencio de las selvas hubiera tranquilizado esa alma destrozada, y las cabañas de los salvajes le habrían reconciliado tal vez con los palacios de los reyes. ¡Inútiles deseos! Mr. Chenier permaneció en el teatro de nuestras turbulencias y de nuestros dolores. Atacado, aun joven, de una enfermedad mortal, le visteis, señores, inclinarse lentamente hacia la tumba, y dejar para siempre..... No sé los detalles de sus últimos momentos.

«Todos nosotros, los que vivimos entre las agitaciones y turbulencias, no podremos escondernos de las miradas de la historia. ¿Quién podrá jactarse de hallarse sin mancha en un tiempo de delirio, en que nadie había podido hacer el uso completo de su razón? Seamos, pues, indulgentes con los demás; disculpemos lo que no podemos aprobar. Tal es la humana debilidad que el talento, el genio, la virtud misma pueden á veces traspasar los límites del deber. Mr. Chenier adoró la libertad: ¿podrá hacersele de ello un crimen? Los hidalgos mismos, si saliesen de sus tumbas, seguirían la luz de nuestro siglo. Veríase formar una ilustre alianza entre el honor y la libertad, lo

mismo que en el reinado de Valois las almenas góticas se veían coronar con una indecible gracia en nuestros monumentos los órdenes tomados de los griegos. No es la libertad el mayor de todos los bienes y la primera de las necesidades del hombre? Ella inflama el genio, ella eleva el corazón, y es indispensable al lujo de las musas como el aire que respira. Las artes pueden hasta cierto punto vivir en la dependencia, porque se sirven de un lenguaje aparte, que no es entendido de la generalidad; pero las letras que hablan una lengua universal, languidecen y mueren entre los hierros. ¿Cómo pueden trazarse páginas dignas del porvenir si es menester reprimir al escribir todo sentimiento magnánimo, todo pensamiento enérgico y elevado? La libertad es tan naturalmente amiga de las ciencias y de las letras, que se refugia á su lado cuando se ve desterrada de los pueblos; y es á nosotros, señores, á quienes da la misión de escribir sus anales y de vengarla de sus enemigos, de transmitir su nombre y su culto á la más lejana posteridad. Para que nadie se engañe en la interpretación de mi pensamiento, declaro que aquí no hablo más que de la libertad que nace del orden y esencia de las leyes, y no de esa libertad, hija de la licencia y madre de la esclavitud.

«A falta del autor de *Carlos IX* no consistió en ofrecer su incienso á la primera de estas divinidades, sino en haber creído que los derechos que ella nos da sean incompatibles con un gobierno monárquico. Un francés hace basar en sus opiniones la independencia que otros pueblos colocan en sus leyes. La libertad es para él un sentimiento más que un principio, y es ciudadano por instinto, y súbdito por elección. Si el escritor cuya pérdida llorais hubiese hecho esta reflexión, no hubiera comprendido bajo el mismo amor la libertad que funda y la libertad que destruye.

«He concluido, señores, el trabajo que los usos de la Academia me han impuesto. Al terminar este discurso preséntase á mi imaginación una idea que me aflige; no hace mucho tiempo que Mr. Chenier emitía sobre mis obras juicios que se preparaba á publicar, y hoy día soy yo el que juzga á mi juez. Lo digo con toda la sinceridad de mi corazón: quisiera más verme aun expuesto á las sátiras de un enemigo, y vivir pacíficamente en el aislamiento, que háceros notar con mi presencia la rápida sucesión de los hombres sobre la tierra, la aparición súbita de esa muerte que echa por tierra nuestros proyectos y nuestras esperanzas, que nos arrebatara repentinamente y entrega á veces nuestra memoria en manos de hombres opuestos á nuestros sentimientos y á nuestras ideas. Esta tribuna es una especie de campo de batalla, donde los talentos vienen unos en pos de otros á brillar y á morir. Cuántos genios de guerra distintos no ha visto pasar! Corneille, Racine, Boileau, La Bruyere, Bossuet, Fenelon, Voltaire, Buffon, Montesquieu... ¿Quién no tiembla, señores, al pensar que va á formar un anillo en la cadena de esta ilustre línea? Agobiado bajo el peso de estos nombres inmortales, no pudiendo hacerme reconocer por mis talentos como heredero legítimo, procuraré al menos probar mi descendencia por mis sentimientos.

«Cuando me llegue mi turno de ceder el sitio al orador que deba hablar sobre mi tumba, podrá tratar con toda severidad mis obras; pero se verá precisado á decir que yo amaba á mi patria con delirio, que hubiera antes sufrido mil desgracias que hacer derramar una sola lágrima á mi país; que hubiera hecho, sin vacilar, el sacrificio de mis días, á estos nobles sentimientos, los únicos que dan valor á la vida y dignidad á la muerte.

«Pero qué época he ido á escoger, señores, para hablaros del luto y de los funerales! No nos hallamos rodeados por todas partes de fiestas? Viajero solitario, meditaba há pocos días, sobre las ruinas de los imperios destruidos; y veo elevarse un nuevo imperio.

PREMIOS DEGENALES.—EL ENSAYO SOBRE LAS REVOLUCIONES.—LOS NATCHEZ.

Esta mezcla singular de cólera y de afición de Bonaparte contra mí y hacia mí ha sido siempre constante: me amenaza, y al mismo tiempo pregunta al Instituto por qué no ha hablado de mí con motivo de los premios decenales. Hace más aun: dice á Fontanes que, puesto que el Instituto no me consideraba digno del concurso á los premios, él me daría uno; que me nombraría superintendente general de todas las bibliotecas de Francia; superintendencia que se hallaba en la categoría de una embajada de primera clase. Bonaparte no había echado en olvido su primera idea de emplearme en la carrera diplomática, y no podía menos de desear, por causas que le eran harto conocidas, que yo formase parte del ministerio de Negocios Extranjeros. Y sin embargo, á pesar de estas proyectadas munificencias, su prefecto de policía me invitó algún tiempo después á alejarme de París, y fui á continuar mis *Memorias* á Dieppe.

Bonaparte desciendo á representar el papel de estudiante truhan; desentiera el *Ensayo sobre las revoluciones*, y se complace en hacerme la guerra por esta obra. Un tal Mr. Damaze de Raymond se constituyó en campeón mio: fui á darle por ello las gracias á su casa, calle de Vivienne. Entre los objetos que tenía sobre su mesa había una calabera: algún tiempo después fue muerto en desafío, y su hermosa fisonomía fué á reunirse con el horrible busto que parecía llamarle. En aquella época se habían puesto en moda los desafíos. Uno de los agentes de policía secreta, que fue encargado de la prision de Jorge, recibió de mano de este un balazo en la cabeza.

Para terminar de una vez los ataques traidores de mi poderoso enemigo, me dirigí al mismo Mr. de Pomereul, de quien ya he tenido ocasion de hablar en mi primera llegada á París: era entonces director general de la imprenta y librería; le pedí permiso para reimprimir el *Ensayo* todo entero. Puede verse mi correspondencia y el resultado de ella en el prefacio del *Ensayo sobre las revoluciones*, edicion de 1826, tomo segundo de las *Obras completas*. Por lo demás, el gobierno tenía razon en rehusarme la reimpression de la obra completa. El *Ensayo*, por sus ideas con respecto á las libertades y á la monarquía, era un libro que me debía ver la luz en un tiempo en que reinaban el despotismo y la usurpacion. La policía aparentaba cierta imparcialidad permitiendo que se dijera algo en favor mio, y gozándose en impedir la única cosa que hubiese podido vindicarme. A la vuelta de Luis XVIII se hizo una nueva exhumacion del *Ensayo*, así como durante el imperio habían querido servirse de él en contra mia bajo el aspecto político, del mismo modo pretendieron hacerlo en el tiempo de la restauracion bajo el punto de vista religioso. En las notas de la nueva edicion del *Ensayo histórico* he hecho una pública retractacion de mis errores, que nada deja que desear. La posteridad pronunciará su fallo sobre el libro y sobre el comentario, si es que se ocupa aun de estas anticuallas. Me atreví á esperar que juzgará el *Ensayo* como lo ha juzgado mi cabeza encanecida; porque avanzando en el camino de la vida se anticipa uno á la justicia de ese porvenir que se va aproximando. El libro y las notas me ponen delante del mundo tal como he sido al principio de mi carrera, y tal como soy al final de ella.

Ademas, esta obra, que he tratado yo mismo con un rigor extremado, ofrece el *compendio* de mi existencia como poeta, como moralista y como hombre político futuro. La savia del trabajo es superabundante, el atrevimiento de las opiniones está llevado hasta el extremo. Preciso es confesar que en las sendas diversas que he seguido, las preocupaciones jamás me

Apenas abandono esas tumbas en que duermen las naciones enterradas, diviso una cueva llena de los destinos del porvenir. Por todas partes resuenan las aclamaciones del soldado. César sube al Capitolio; los pueblos cuentan las maravillas, los monumentos elevados, las ciudades embellecidas, las fronteras de la patria bañadas por esos lejanos mares que sostenían los navíos de Scipion, y por esos mares más lejanos aun que no conoció Germánico.

«En tanto que el vencedor se adelanta rodeado por sus legiones, ¿qué han de hacer los tranquilos adeptos de las musas? Marcharán delante del carro para unir el olivo de paz á las palmas de la victoria, para presentar al vencedor la copa sagrada, para mezclar á las narraciones guerreras las tiernas imágenes que hacían llorar á Pablo-Emilio sobre las desgracias de Perseo.

«Y vos, hija de los Césares, salid de vuestro palacio con vuestro tierno hijo en los brazos; venid á añadir nueva gracia á la grandeza; venid á enternecer la victoria y á templar el brillo de las armas con la dulce magestad de una reina y de una madre.»

En el manuscrito que me fue devuelto, el principio del discurso, que hace relacion á las opiniones de Milton, estaba cruzado de un extremo á otro por el mismo Bonaparte. Una parte de mi reclamacion contra el aislamiento de los negocios en que se quería tener á la literatura, estaba igualmente marcado con su aprobacion. El elogio del abate Delille, que recordaba la emigracion, la fidelidad del poeta á las desgracias de la familia real y á los padecimientos de sus compañeros de destierro, hallábase colocado en un *paréntesis*: el elogio de Mr. de Fontanes tenía una *crux*. Casi todo cuanto decía sobre Mr. Chenier, sobre su hermano, sobre el mio, sobre los altares expiatorios que se preparaban en Saint-Denis, estaba lleno de tachones. El párrafo que empezaba: «Mr. Chenier adoró la libertad, etc.» tenía una doble raya longitudinal. A pesar de todo, los agentes del imperio, al publicar este discurso, han conservado bastante bien este párrafo.

No concluyó todo con devolverme el discurso; se me quería obligar á hacer uno nuevo. Declaré que me atenia al primero, y que no haría otro. La comision decidió entonces que no debía ser admitido en la Academia.

Personas llenas de chiste, de generosidad y de valor, á quien no conocía, se interesaban por mí. Mad. Lindsay, que á mi vuelta á Francia en 1800 me llevó desde Calais á Paris, habló á Mad. Gay; esta se dirigió á Mad. Regnault de Saint-Jean d'Angely, la cual invitó al duque de Rovigo á que me dejase en paz. Las mujeres de aquella época interponían su belleza entre el poder y el infortunio.

Todo este ruido se prolongó por los premios decenales hasta el año 1812. Bonaparte, que me perseguía, hizo preguntar á la Academia, á propósito de estos premios, por qué no había colocado entre sus obras *El Genio del Cristianismo*. La academia se explicó entonces; muchos de mis compañeros escribieron un juicio muy desfavorable de esta obra. Hubiera podido decirles lo que dije á un pájaro un poeta griego:—«Hija del Atica, criada con miel, tú, que tan bien cantas, te apoderas de una cigarra tan buena cantante como tú, y la llevas por alimento á tus hijos: ambas tenéis alas; ambas habitais los mismos lugares; ambas celebráis la venida de la primavera; ¿por qué, pues, no le devuelves la libertad? No es justo que una cantora perezca en el pico de una de sus semejantes.

han servido de guía; que nunca me he cegado en causa alguna; que no me ha guiado interés alguno, y que los partidos que he seguido han sido siempre de mi elección.

En el *Ensayo* demuestro una completa independencia en religión y en política; todo lo examino: *repúblicano*, sirvo á la monarquía; *filósofo*, honro la religión. No son estas contradicciones, sino consecuencias precisas de la incertidumbre de la teoría y de la certeza de la práctica en el hombre. Mi alma, formada para no creer en cosa alguna, ni aun en mí mismo, inclinada á despreciarlo todo, grandezas y miserias, pueblos y reyes, ha sido dominada, sin embargo, por un instinto de razón que la obligaba á someterse á todo lo que le parecía digno de admiración: religión, justicia, humanidad, igualdad, libertad, gloria. Lo que hoy se sueña para el porvenir, lo que la actual generación se imagina haber descubierto sobre una sociedad que va á nacer fundada sobre bases enteramente distintas de las de la antigua, se halla terminantemente anunciado en el *Ensayo*. Me he adelantado treinta años á los que se dicen heraldos de un mundo desconocido. Mis actos han sido de la antigua ciberia, mis pensamientos de la nueva; los primeros hijos del deber, los segundos de mi naturaleza.

El *Ensayo* no es un libro impío, sino un libro de duda y de dolor. Ya lo he dicho (1).

Además, yo mismo he exagerado mi falta mucho más de lo que debía, y he rectificado con ideas de orden tantas apasionadas ideas como se hallan en mis obras. Al fin de mi carrera se me presenta el temor de haber hecho un daño á la juventud; tengo faltas que reparar para con ella, y le debo algunas lecciones. Sepa esta que puede luchar con ventajas contra una naturaleza exaltada; la belleza moral, la belleza divina, superior á todos los sueños de la tierra, se ha presentado á mis ojos, un poco de valor basta para llegar y para fijarse en ella.

Para concluir lo que tengo que hablar sobre mi carrera literaria, debo hacer mención de la obra que la inició y que permaneció en manuscrito hasta que la publiqué en mis *Obras completas*.

Al principio de los *Natchez*, dícese en el prólogo el modo cómo fue hallada esta obra en Inglaterra, gracias á las investigaciones, dignas de mi gratitud, de Mr. de Thuisy.

Un manuscrito, de que pude sacar á *Atala*, á *René* y muchas de las descripciones que se ven en *El Genio del Cristianismo*, no es enteramente estéril. Este primer manuscrito estaba escrito de seguida, sin divisiones; todas las materias se hallaban confundidas en él; viajes, historia natural, parte dramática, etc.; pero además de este manuscrito existía otro dividido en tomos. En este segundo trabajo había, no solo atendido á la división de materias, sino que había cambiado el género de la composición, haciéndola pasar desde la novela á la epopeya.

Un joven que amontona desordenadamente sus ideas, sus invenciones, sus estudios, sus lecturas, debe producir un caos; pero hay en ese caos cierta fecundidad que depende de la fuerza de la edad.

Me ha sucedido á mí lo que tal vez no ha sucedido jamás á autor ninguno; esto es, volver á leer después de treinta años un manuscrito que había olvidado enteramente.

Tenia entonces un gran peligro que temer. Al volver á pasar el pincel sobre el cuadro podía debilitar los colores; una mano más segura, pero menos ligera corría gran riesgo, al borrar algunas líneas incorrectas, de hacer desaparecer los toques más brillantes de la juventud; es preciso conservar á la composición su independencia, y, por decirlo así, su fogosidad, menester era dejar la espuma sobre el freno del joven

(1) Tomo tercero de estas *Memorias*.

corcel. Si hay en los *Natchez* cosas que hoy no aboraría sino temblando, hay también otras que no querría volver á escribir, sobre todo la carta de *René* en el segundo tomo. Esta pertenece al primer orden y reproduce enteramente á *René*; no sé lo que los *Renés* que me han sucedido hayan podido decir para acercarse más á la locura.

Los *Natchez* empiezan por una invocación al desierto y al astro de la noche, divinidades supremas de mi juventud:

«A la sombra de las selvas americanas quiero cantar melodías de la soledad que jamás han sido percibidas por oídos mortales; quiero cantar vuestras desgracias, oh *Natchez*!; Oh nación de la Luisiana, de la que tan solo quedan recuerdos! Las desdichas de un oscuro habitante de los bosques, ¿tienen menos derechos á nuestras lágrimas que las de los demás hombres? Y los mausoleos de los reyes en nuestros templos, ¿son más interesantes que la tumba de un indio bajo la encina de su patria?»

»Y tú, antorcha de la meditación, astro de las noches, sé para mí el astro de Pindo; ve delante de mí; pasa á través de las regiones desconocidas del Nuevo-Mundo, para sorprender con tu luz los dulces secretos de estos desiertos!»

Mis dos naturalezas se hallan confundidas en esta extraña obra, sobre todo en el original primitivo. Vense allí acontecimientos políticos ó intrigas de novela; pero á través de la narración se oye en todas partes una voz que canta y que parece llegar de una región desconocida.

FIN DE MI CARRERA LITERARIA.

En 1813 y 1814, últimos años del Imperio, y de los que ya se sabe algo anticipadamente, me ocupé en hacer algunas investigaciones en Francia y en la redacción de una parte de mis *Memorias*, pero nada di á la prensa. Mi vida de poesía y de erudición terminó realmente con la publicación de mis tres grandes obras: *El Genio del cristianismo*, *Los Mártires* y *El Itinerario*. Mis escritos políticos empezaron con la restauración, y con ellos mi existencia política activa. Aquí, pues, termina mi carrera literaria propiamente dicha: arrastrado por la corriente de los acontecimientos, la había omitido, y solo en este año de 1831 es cuando he recordado los pasados tiempos de 1800 á 1814.

Esta carrera literaria, como puede haberse visto, no fue menos turbulenta que mi vida de viajero y de soldado; tuvo también sus fatigas, sus encuentros y su sangre; no todo fueron musas y fuente Castalia; mi carrera política fue más tempestuosa aun.

Algunos restos señalarán tal vez el sitio que ocuparon mis jardines de Academo: *El Genio del Cristianismo* inaugura la revolución religiosa contra las doctrinas del siglo xviii. Al mismo tiempo preparaba yo la revolución que amenaza nuestro idioma, porque no podía haber innovación en la idea sin que hubiese cambio en el estilo. ¿Después de mí vendrán otras formas del arte desconocidas hoy? ¿Podrán nuestros actuales estudios ser un punto de partida progresivo, así como nosotros nos hemos apoyado en los estudios pasados para avanzar un paso? ¿Hay límites que no es dado pasar nunca porque sería chocar contra la naturaleza de las cosas? ¿Estos límites se hallan en la división de las lenguas modernas, en la caducidad de estas mismas lenguas, en las vanidades humanas, tales como las ha hecho la nueva sociedad? Las lenguas no siguen el movimiento de la civilización, sino antes de la época de perfeccionamiento; llegadas á su apogeo, permanecen un momento estacionarias, y después descienden, sin poder volver á elevarse.

La narración que concluyo ahora alcanza á los pri-

meros libros de mi vida política, escritos anteriormente y en distintas fechas. Me hallo un poco más animado al entrar en las partes concluidas de mi edificio. Cuando volví á entregarme al trabajo, temía que el anciano hijo de Cælus (1) viese trocarse en lana de plomo la lana de oro del albañil de Troya. Sin embargo, creo que mi memoria, encargada de reproducir mis recuerdos, no me ha abandonado enteramente; se ha hecho sentir demasiado el hielo del invierno en mi narración? Se halla mucha diferencia entre el apagado polvo que he tratado de volver á levantar y los personajes vivos que he descrito al contaros mi primera juventud? Mis años son mis secretarios; cuando muere uno de ellos, lega la pluma á su hermano, y yo continúo dictando, y como todos los hermanos, tienen poco más ó menos el mismo modo de escribir.

BONAPARTE.

La juventud es una cosa encantadora; al principio de la vida parte coronada de flores, como la flota ateniense par ir á conquistar la Sicilia y los deliciosos campos de Enna. Pronúnciase la oración en voz alta por el sacerdote de Neptuno; hácese libaciones en copas de oro; la multitud, bordeando la mar, une sus invocaciones á las del piloto; cántase el *pæan* (2), en tanto que la vela se despliega á los rayos y al soplo de la aurora. Alcibiades, vestido de púrpura y hermoso como el amor, se hace notar sobre las galeras, orgulloso con los siete carros que ha lanzado en la carrera de Olimpia. Pero apenas la isla de Alcinoes ha quedado atrás, desvanécese la ilusión: Alcibiades desterrado va á envejecer lejos de su patria y á morir en los brazos de Timandra. Los compañeros de sus primeras esperanzas, esclavos en Siracusa, no tienen para aligerar el peso de sus cadenas sino algunos versos de Eurípides.

Habéis visto mi juventud abandonar la ribera; no tenía la belleza del pupilo de Pericles, criado sobre las rodillas de Aspasia; pero si las horas matutinas, y deseos y sueños y mil otras cosas: ya os he hecho partícipes de estos sueños: hoy al volver á tierra después de mi destierro, no puedo referiros más que verdades tan tristes como mi edad. Si alguna vez hago aun resonar las cuerdas de mi lira, mis acordes no son otra cosa que las últimas armonías del poeta que procura curarse de la herida de las flechas del tiempo á consolarse de la esclavitud de los años.

Ya conocéis la mutualidad de mi vida en mi estado de viajero y de soldado; conocéis también mi existencia literaria desde 1800 hasta 1813, en cuyo año me dejásteis en la *Valle-aux-Loups*, que me pertenecía aun cuando empecé mi carrera política. Entremos ahora en esta carrera, y antes de penetrar en ella me es forzoso volver atrás para hablar de algunos hechos generales que he omitido al ocuparme exclusivamente de mis obras y de mis aventuras; estos hechos son relativos á Napoleón. Pasemos pues á él; hablemos del vasto edificio que se construía fuera de mis sueños. Por ahora me hago historiador, sin dejar de ser escritor de mis *Memorias*; el interés público va á sostener mis confidencias privadas; mis circunstancias individuales se agruparán alrededor de mi narración.

Cuando estalló la guerra de la revolución, no fue comprendida por los reyes; vieron estos una insurrección donde debieron ver el cambio de las naciones, el fin y el principio de un mundo; creyeron que únicamente se trataba de aumentar sus Estados con algunas provincias usurpadas á la Francia; creyeron en la antigua táctica militar, en los antiguos tratados di-

(1) Cælus ó Urano, padre de Saturno.

(2) Himno en honor de Apolo, que recuerda la victoria de este Dios sobre la serpiente Pitón, y que se cantaba antes de ir á la guerra, así como en cualquier calamidad pública.

(N. del T.)

plomáticos, en las negociaciones de los gabinetes: los conscriptos iban á expulsar á los granaderos de Federico; los monarcas se preparaban á solicitar la paz en las antecámaras de algunos oscuros demagogos, y la terrible opinión revolucionaria iba á desanudar sobre los cadalsos las intrigas de la vieja Europa. Esa vieja Europa creía no tener que combatir más que con la Francia, sin apercibirse de que un siglo nuevo caminaba sobre ella.

Bonaparte, en el curso de sus glorias siempre crecientes, parecía ser llamado á cambiar las dinastías de los reyes y á hacer la suya la más antigua de todas. Había erigido en reyes á los electores de Baviera, de Wurtemberg y de Sajonia; había puesto la corona de Nápoles sobre las sienes de Murat, la de España sobre las de José, la de Holanda sobre las de Luis, la de Westfalia sobre las de Gerónimo: su hermana, Elisa Bacciocchi, era princesa de Luca; él era emperador de los franceses, rey de Italia, en cuyo reino se hallaban comprendidas Venecia, la Toscana, Parma y Placencia; el Piamonte se hallaba reunido á la Francia: había consentido en dejar reinar en Suecia á uno de sus capitanes, llamado Bernadotte: con arreglo al tratado de la Confederación del Rhin, ejercía en Alemania los derechos de la casa de Austria; había declarado mediador de la confederación helvética; había echado por tierra á la Prusia; sin poseer un solo barco, había declarado en estado de bloqueo á las islas Británicas. Inglaterra, á pesar de su marina, se vió á pique de no poder descargar un solo fardo en ningún puerto de Europa ni enviar una sola carta.

Los Estados Pontificios formaban parte del imperio francés: el Tíber era un departamento de la Francia. Veíanse por las calles de París cardenales semi-prisioneros, que sacando la cabeza por la ventanilla de su *fiacre*, preguntaban:—«¿Es aquí donde vive el rey de...?»—No, respondía la persona preguntada; es más adelante.» El Austria se había rescatado entregando á su hija: el incursor del Mediodía reclamó á Honorio de Valentiniano, con la mitad de las provincias de imperio.

¿De qué modo se habían obrado tantos milagros? ¿Qué cualidades poseía el hombre que los hizo? ¿Qué cualidades le faltaron para poderlos llevar á su término? Seguiré la inaudita fortuna de Bonaparte, fortuna que ha pasado con tal rapidez que sus días ocupan un corto período del tiempo encerrado en mis *Memorias*. Penosa es la tarea del escritor, cuya pluma se ve obligada á ocuparse en enojosas reproducciones de genealogía, en pesadas averiguaciones sobre los hechos y en insípidas confrontaciones de fechas.

BONAPARTE.—SU FAMILIA.

El primero de los Buonaparte (Bonaparte), de que se hace mención en los anales modernos, es Jacobo Bonaparte, el que, como un agüero del futuro conquistador, nos ha dejado la historia del *Saqueo de Roma* de 1527, del que había sido testigo ocular. Napoleón Luis Bonaparte, hijo mayor de la duquesa de Saint-Leu, murió después de la insurrección de la Romanía, trajo al francés este curioso documento, y á la cabeza de su traducción colocó una genealogía de la familia de Buonaparte.

Dice el traductor «que se contentaba con llenar los vacíos del prefacio de la edición de Colonia, publicando detalles auténticos sobre la familia Bonaparte; trozos de historia casi enteramente olvidados, pero interesantes, al menos para aquellos que se complacen en hallar en los anales de los tiempos pasados el origen de una ilustración más reciente.»

Pasa el traductor en seguida á ocuparse de una genealogía en que aparece un caballero. Nordille Buonaparte, el que el 2 de abril de 1266 salió fiador por el príncipe Coradino de Suavia (el mismo á quien